

Editorial

Percibir el desafío de la Era Planetaria, significa comprender que la relación entre las sociedades, sus mundos, la naturaleza, el planeta Tierra y el universo entorno, ha cambiado radicalmente en su complejidad y en sus riesgos inherentes.

Para ello el modo en que conocemos y como nos relacionamos a un tiempo con el conocer y con el conocimiento, plantea desafíos que van más allá de las recetas que se proponen una y otra vez, tanto desde dentro como desde afuera de la Educación a nivel Global/Local.

En la mayoría de los niveles educativos y políticos el despiste es tal que pareciera como si la situación geopolítica actual no se relacionara con las filosofías en curso y sus debates, ignorando la relación directa que siempre existió desde sus orígenes entre ambas.

En una Europa atravesada por las consecuencias de sus cegueras, sus actores sociales se hallan atrapados entre falsas opciones, los nacionalismos y las abstracciones tecnocráticas de derecha o izquierda, como si China y el resto de Asia, EE. UU. y el resto de América, el Mundo árabe, Rusia, la India, la Europa de las regiones, y demás configuraciones geopolíticas del planeta, no tuvieran injerencia en el destino de los europeos y en el de la humanidad.

Mucho se sabe sobre cuales son las consecuencias de los nacionalismos antiguos y nuevos, pero pareciera que la opción de la tecnocracia y sus conocidas consecuencias negativas, hoy a la vista de todo el mundo, todavía no se perciben claramente, estén acompañadas de la sociedad civil o no, porque en el fondo lo que se niega es la relevancia de la política y tal vez, sean los propios partidos políticos los cómplices de esta negación.

Porque pudieran tener razón en que los problemas económicos y financieros tuvieron en su momento, relevancia y por ello, fueron disfrazados como cuestiones técnicas. Pero hoy más que nunca son por el contrario, esencialmente políticos.

Ni un continentalismo monetarista tecnocrático, con o sin sociedad civil ni tampoco la vuelta a una fragmentación nacionalista, podrá salvar a Europa de sí misma y de su destino local y global.

Tal vez, la grandeza de la política europea se relacione con la capacidad colectiva de imaginar una comunidad por venir, tal y como afirma **Edgar Morin**, mediante *“dos conversiones (de su imaginario colectivo), en apariencia contradictorias, pero de hecho complementarias: una que nos obliga a superar a la nación, otra que nos reduce a la provincia. Se hace necesario reunir en uno solo el acto de utilizar los recursos de Europa- provincia y el acto de asumir el destino planetario, es decir, reasumir de un modo nuevo y concreto, este universal cuyo concepto ha sido establecido por nuestra cultura. Europa se debe metamorfosear a un mismo tiempo en provincia y en meta-nación”*.

El Director